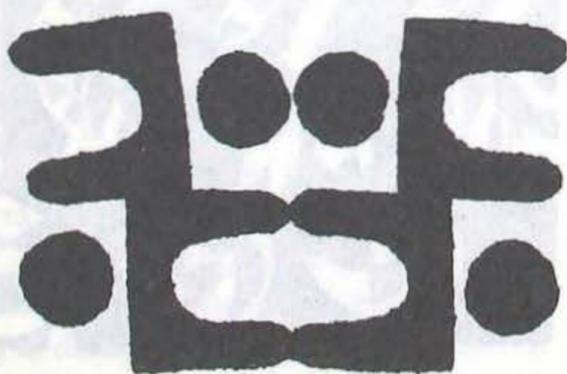


promiso adulto. El lago encantado de los antiguos días se seca y en su fondo empieza a contemplarse el residuo definitivo y opaco de un espejo roto. Esa redondez de la visión desde la cual pudieron construirse personajes tan matizados y diferentes, y por eso tan "reales", tan inolvidables, es ahora fortificación que, en medio de los proyectiles y la polvareda del asedio de la madurez, defiende con dignidad los lugares fundadores de esa celebración: el ensueño, la imaginación, el asombro, el ocio —y es esto lo que constituye la conexión profunda del apartado final con el resto del libro, la cifra de su organicidad, de su no extrañeza fundamental: ya que al parecer es necesario "elegir", se tantea un horizonte nuevo que no implique traición a las mejores esencias de esa infancia—. No otra es la naturaleza del conflicto desplegado en "Ser. ¿O Hacer?". De ahí que en un principio la respuesta no pueda ser otra que una lectura voraz de muy buena literatura, en franca y terca disidencia con los preceptos y presiones de un medio social y familiar donde ante todo cuenta el ejercicio de profesiones monetariamente lucrativas y que, a manera de coronación, den prestigio social. En principio, porque como es a veces inevitable en quienes habitan la certeza de que ninguna plenitud de la realidad social es equiparable a la ofrecida por las buenas narraciones ficticias, *La vieja casa de la calle Maracaibo* —y aquí asimilamos sin vacilaciones el narrador al autor— es la asunción más radical posible dentro del destino elegido (o aceptado): la propia fabulación. Destino cuyo primer paso tiene el sello de la eficacia. De una eficacia preñada de mayores posibilidades futuras.

JAIRO MORALES HENAO



¿Todo aquello fue real?

La isla de la pasión

Laura Restrepo

Editorial Planeta, Bogotá, 1989, 321 págs.

La isla de la pasión es una novela. Está basada en hechos históricos, donde éstos y "lugares, nombres, fechas, documentos, testimonios, personajes, personas vivas y muertas que aparecen en este relato son reales. Los detalles menores también lo son, a veces". Escribe la autora al comienzo, para que no quede duda alguna. Pero la duda nunca llega porque, una vez comenzada la lectura, sólo queda continuar. La historia atrapa porque tiene anzuelo. Es Laura Restrepo la encargada de hacerla así, con misterio; de otro modo sería una historia más, sin aventura, sin magia, sin romance y sin tragedia.

El testigo muerto es la muñeca lamida por el agua en la playa de la isla de Clipperton, territorio mexicano donde hoy los marinos franceses izan su bandera. Y la historia es la de Alicia y su esposo Ramón, un oficial del ejército mexicano. Llegan allí, a habitarla, recién casados, llenos de ilusiones, de fantasías y de amor. El, como gobernador, en misión encomendada por el propio Porfirio Díaz. Van a defender el territorio de alguna invasión. Se embarcan acompañados por once soldados, hijos, hijas y soldaderas.

"Barrida por huracanes, erosionada por las mareas, borrada de los mapas, olvidada por los hombres, extraviada en el mar, antes mexicana y ahora expropiada y ajena, trastocado su nombre, muertos hace tiempo los protagonistas de su drama. Quiere decir que no existe. Que no hay tal lugar. Ilusión a veces y otras veces pesadilla, la isla no es más que eso: sueño. Utopía. ¿O hay acaso quién pueda asegurar por experiencia lo contrario? ¿Sobrevivió al holocausto alguien que recuerde, que pueda dar testimonio de que todo aquello fue real?" (pág. 18).

Si lo ocurrido fue real o no fue real, no importa. Alicia, tras ocho años en la isla de Clipperton y cuando es res-

catada por intervención del destino, pide "just one hour, please". "Alicia se tomó todo el tiempo del mundo para bañarse. Cubrió cada centímetro de su cuerpo con la espuma blanca del jabón Yvory y luego se enjuagó a jarradas" (pág. 306). En la novela todo es real, al igual que la manera como está escrita: presente y pasado en un tejido donde el drama se anuncia en medio del amor. La tragedia es una presencia; aún no se sabe qué será, pero la autora con fineza lo anuncia. Se abre la curiosidad por conocer esta aventura que se presiente violenta e injusta, dura y descarnada, así como es narrada: con pasión.

Laura Restrepo, a pesar de las amenazas, del peligro que corre por intentar acercarse a la isla de la pasión, no cede en su empeño de ir hasta el fondo. Realiza viajes a las ciudades a buscar algo, una imagen o un personaje vivo o muerto que le cuente el secreto, a rebujar archivos donde esté guardada la historia de este abandono, a leer papeles o documentos que le hablen de movimientos políticos o de los ejércitos o de los navíos, a ver fotografías que quizá le permitan reconocer en un gesto la dulzura o la dureza, a meterse hasta en lo que no le importa. Y así lo narra.

El humor está presente para recrear lo cotidiano, la mojigatería de aquel tiempo —eran comienzos de siglo—, el mundo femenino, esa fuerza que casi siempre está ausente en la historia, porque se olvidan, quienes la escriben, que las mujeres han estado en las guerras, amando, dando coraje, lavando la ropa, preparando alimentos, limpiando las escopetas. Escribe sin pudor cómo se dan los sentires, los pensamientos más secretos de sus personajes: héroes y heroínas, y describe los horrores y desdichas que viven los habitantes de la isla, producidos por las fuerzas de la naturaleza, y por sus propias esperanzas, sueños e ilusiones.

Laura Restrepo teje la trama hoy y ayer. "Toma la hebra cuatro veces y la clava en el arco", con magia, porque sabe muy bien qué detalles escoge de entre todos, cuáles añade de su cosecha, con cuáles contradice las múltiples contradicciones que encuentra en una historia que se ha convertido en leyenda. Va uniendo las puntadas como en el bordado del traje de novia

de Alicia, para crear el suspenso y el horror, "cerrar tres bucles y hacer tres puntos al aire". Para hacernos sentir que es nuestra historia también, porque esa fábula podría haber sucedido en la isla de cualquier mar o en la mente de cualquier persona de nuestra América. Y el ritmo: los hechos ayer, los hechos hoy, en los dos tiempos, se sostiene con la misma intensidad y pasión, a lo largo de las 313 páginas, por eso el lector-lectora terminará creyéndolo todo, hasta que Clipperton existe y el drama narrado no fue fantasía ni en la mente de Alicia y Ramón Arnaud, ni en la de la misma Laura Restrepo.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Calidoscopio en blanco y negro

Compañeros de viaje

Luis Fayad

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, 373 págs.

Camilo Torres Restrepo, el movimiento estudiantil de los años sesenta, el intento fallido de una transformación social y política de Colombia y el diario transcurrir de la clase media bogotana son algunos de los espacios históricos, relativamente recientes, en los que enmarca su última novela el escritor Luis Fayad.

Es así como en *Compañeros de viaje* el espacio va a ocupar el papel fundamental: no sólo por el señalamiento directo de los marcos históricos enunciados anteriormente, sino, además, porque las distancias y los gestos miden las relaciones entre los hombres, y Bogotá se constituye en el escenario en que se desarrollan estos movimientos.

De esta manera, el autor recalca las características de la novela urbana, pone énfasis en lo cotidiano de dicha ciudad y la demarca en sectores en los que ocurren sólo determinados actos: la Universidad Nacional y sus alrededores, donde se actúa en el compañerismo del estudio, el diálogo y la protesta; el barrio Chapinero, que,

cercano a la universidad, representa un espacio tradicional, ocupado por las relaciones familiares, la estabilidad relativa, los amores adolescentes en las fuentes de soda y el descanso; el centro es el lugar del trabajo, la adultez, los bares, La Gruta, y el sitio donde reposa el Estado, blanco de las protestas. Todos estos mundos van a sentir el peso de un último espacio que con su presencia desestabiliza sus estructuras; es el espacio -otro, ausente de la narración directa, fuera de la ciudad- en el que se encuentran Camilo Torres, sus ideas y su muerte.

El lector se halla, entonces, ante el cotidiano acontecer en el que los personajes buscan adecuarse a las circunstancias que le deparan los otros. Son figuras que se mueven a tono con los cambios de posición de las demás figuras, sin que existan transformaciones reales dirigidas por unos principios de carácter individual. Se puede afirmar que la generalidad de los individuos carecen de interioridad, su personalidad está ausente, se desarrollan en sus actos o en la mirada de los otros personajes, los que a su vez observan sus movimientos para decidir los propios. Aun así, existen dos señaladas excepciones: por un lado, la fuerza pública de las acciones de Camilo Torres, su imagen como sacerdote en su última celebración de un matrimonio en la Universidad Nacional, su publicación del periódico Frente Unido, sus decisiones políticas y la noticia de su muerte; por otro, la protesta netamente individual de un estudiante casi anónimo, Delvalle, en la que cuestiona el real sentido de la lucha estudiantil.

Dentro de este marco, el de la novela y la historia evidente a los ojos del lector, Fayad establece una revisión narrativa en la que se desmitifican las versiones oficiales de la historia. Ya no se escribe novela para un lector politizado, sino que en una narración cercana a la crónica se busca la objetividad de las diversas versiones.

En esta actitud el autor continúa las búsquedas narrativas de su anterior novela, *Los parientes de Ester*. Es un lenguaje que, al igual que el mundo que crea, está ajeno de vitalidad propia, de colorido. Los sucesos están

ausentes de jerarquía, y de esta manera se suceden sin interrupciones que determinen un sentido particular. Se busca aprehender el tiempo de lo cotidiano, del acontecer ordinario en el que se valida tanto el acto de servir un chocolate como la elaboración de las pancartas convocantes de una marcha estudiantil.

Nos encontramos, entonces, ante una novela en la que el blanco y el negro del mundo que plantea logra cubrir al lector en la fatiga de la lectura: lo reiterado de las estrategias narrativas en una obra quizá innecesariamente extensa, la falta de una atmósfera en la que los personajes no sean planos-planos y, por qué no, la muy deficiente edición de la obra, hacen que *Compañeros de viaje* sea un juego literario de limitadas posibilidades que acaba por sumir al lector en el cansancio.

CARMEN ELISA ACOSTA PEÑALOZA

Esto somos en el fondo

El pelaíto que no duró nada

Víctor Gaviria

Planeta Colombiana, Bogotá, 1991, 136 págs.

El pelaíto que no duró nada recoge el relato de Alexander Gallego -Wilfer- sobre hechos que ocurren en las comunas nororientales de Medellín. Es una más de las crónicas de muerte anunciada que viven los habitantes de este sector de la ciudad. El asesinato

